

fiestas maravillosas. Bajo las hondas bóvedas, en las vastas naves, sobre mesas de marfil y ébano, embutidas aquéllas en oro y éstas en plata, brillaban copas de lapislázuli ceñidas de rica pedrería, reflejándose todo ello sobre los jaspes y mármoles del pavimento como se refleja los árboles de las orillas en los cristales del sereno lago. Dominándolo todo, levantábase una colosal estatua de Nemrod, fundida en oro, la cual llevaba sobre su cabeza la tiara de los dioses y á sus piés alimañas muertas en las cazas, cautivos presos en los combates. Las columnas y pilares de mármoles y jaspes bruñidos, coronadas por metales preciosos, ofrecían en sus intersticios halagos á la vista con las reverberaciones que producían candelabros gigantescos, cuyos candeleros sostenían llamas de todos colores alimentadas y nutridas por olorosos aceites mezclados con blanda cera. Tras las columnas veíanse las paredes polícromas cubiertas con figuras simbólicas y leyendas litúrgicas. Los lampadarios que iluminaban el sitio donde Nino y Semíramis debían colocarse, alimentados por embriagadores perfumes, eran de oro puro de Ophir. A los acordes armoniosos de arpas, flautas, trompetas, entraban los coros vestidos de gasas varias entonando con sus voces melodiosísimas himnos triunfales á los dioses asirios. Tras los coros venían los sacerdotes con sus

elámides riquísimas de seda y sus barbas lustrosas como si fueran de metales. Tras los sacerdotes venían los sacrificadores transportando todos los instrumentos litúrgicos usados en los primeros templos. Tras los sacerdotes los señores asirios, tan brillantes, que semejaban un río de pedrería, como si esas masas de nebulosas fosforescentes prendidas en lo infinito hubiéranse desplomado sobre la tierra para con esplendor inusitado reflejarse allí en aquellos lustrosos pavimentos.

Al pie de la estatua de Nemrod hallábanse Nino y Semíramis: aquél yacía tendido en lecho que mantenían grandes garras de buitre; ésta se hallaba sentada en amplio sillón, frente á frente de su marido. Como todos aquellos que alcanzan la omnipotencia, no creían estos dos seres, cuasi divinos, ejercerla mientras no lo manifestaran así por algún extraño capricho. Y allí, entre tantas magnificencias como convertían la tierra en una especie de verdadero empyreo, al són de tantos instrumentos como tañían y de tantos coros como cantaban, ebrios de vinos ardientes, trastornados por penetrantísimos perfumes, el oído lleno de armonías y la vista deslumbrada por pinturas, puestos en la categoría de dioses por los himnos de unos, por las adulaciones de otros, por los acatamientos y los homenajes de todos ¡ah! debían bastarles á los dos

las complicidades múltiples de tantos genios misteriosos como se conjuraban para sostener su fortuna y las ofrendas de tantos cautivos como les recordaban sus victorias para no desear cosa ninguna más y creerse verdaderas divinidades, con la tierra y el cielo á su merced y arbitrio. Mas como quiera que todos estos poderosos del mundo concluyen siempre por hacer cualquier singular extravagancia, Semíramis y Nino habían ideado una muy especial, á saber, que presenciase Menón, el esposo abandonado, su felicidad conyugal. Y en el momento de mayor exaltación, cuando las copas rebosaban el licor más ardoroso, y las constelaciones de luces relucían con el brillo más deslumbrador, y los coros de ambos sexos cantaban los himnos más triunfales, y las sinfonías derramaban los acordes más armoniosos, abriéronse las puertas de bronce que daban frente al sacro altar donde bebían los dos soberanos, para que Menón entrara y les prestase acatamiento entre los torcedores de sus celos rabiosos. Las puertas se abrieron y sólo se vió un cadáver. El sátrapa sirio se había en aquel minuto ahorcado. Contra los excesos del despotismo aun hay defensa y refugio en el suicidio.

Indudablemente la memoria de poblaciones tales como las asentadas en los territorios vecinos al Éufrates y al Tigris ha quedado por tal modo viva

en la humanidad, que alrededor de cada una, por obra natural del tiempo eterno y de la fantasía humana, se ha como cuajado una brillantísima leyenda. Nino representa la fundación y grandeza de Nínive; Semíramis representa la fundación y grandeza de Babilonia. Siglos y siglos han pasado hasta hoy desde tan fabulosos tiempos, pues aun rielan los nombres aquellos en las áureas arenas del desierto y en las mansas aguas del Éufrates. Como la imaginación hase aquí sustituido con todas sus fantasías á la historia y á sus rigurosas exactitudes, no se han contentado los tiempos legendarios con transmitirnos de Semíramis una leyenda sola; hanos dejado varias. Según unos cuentos Nino tuvo en Semíramis un heredero, y sintiéndose morir al poco tiempo de haber gustado tamaña felicidad, legó en testamento al hijo la corona y á su mujer la regencia. Otro relato dice que las ambiciones desapoderadas de Semíramis pronto se deshicieron de Nino, cual se habían deshecho de Menón. El gran monarca tuvo que huir al trono para libertarse de una muerte cierta que su ambiciosa mujer le hubiera indudablemente infligido sin escrúpulo, de continuar él reinando como antes. Y hay quien refiere una increíble conseja, aun más curiosa. Acostumbraban los asirios un día en el año trastocar los papeles de su casa y hacer á los siervos se-

ñores y á los señores siervos. Semíramis en esta leyenda no es mujer de Nino. Encontrada en el despojo de una batalla, es sierva y sólo sierva. Llegado el día en que, por añeja costumbre, los siervos resultan señores y los señores siervos, ocupó Semíramis el trono de Nino, y ya en el trono, empleó las veinticuatro horas que le tocaban de soberanía en mandar la muerte del monarca y colocarse, soberbia, en su lugar. Fuere lo que fuere de todo esto, en el fondo queda que hubo una mujer, la cual gobernó sobre Asiria, dando margen por sus múltiples hechos y por sus rarísimas facultades á tantas y tan maravillosas leyendas.

Lo cierto es que á su nombre se refieren mil históricos sucesos. Ella construyó en el bajo Éufrates la simpar Babilonia; puso en las encrucijadas múltiples de su imperio factorías adscritas á mantener el comercio; alzó, trayéndolo de Armenia, un obelisco prodigioso, que parecía tocar á los cielos; sometió los medas insumisos; creó un edén por el monte Magistán, cubierto de flores desde la cumbre al pie; talló en los riscos de montañas altísimas su propia estatua, rodeada con las estatuas de sus cien guardias; levantó el palacio interminable de la hermosa Ecbatana, y subió á sus terrazas altísimas las aguas ocultas en los hondos valles; llegó á los desiertos de Abisinia y á las montañas de la negra

Etiopia; pasó desde las arenas del Egipto hasta las selvas de la India, dejando por todas partes en el espacio monumentos colosales que resultaran jalones indicativos de su carrera y testimonios fehacientes de su poder. La tradición ha conservado inscripciones suyas, que se leían hasta en tiempo de Alejandro, y que dicen así á la letra: «Yo he regido el imperio de Nínive, que toca en el Oriente al río Inamanes; en el Mediodía á la tierra del incienso y de la mirra; en el Norte á los sacios y á los sogodios. Antes de mí ningún asirio vió el mar, y yo sola exploré cuatro mares nunca hollados antes: ¡que tan lejos estaban! Los ríos han corrido por donde yo les he mandado y subídose á impulsos de mi mano por los montes más altos para regarlos y convertirlos en verdaderos edenés. Las tierras secas se han trocado en fecundas, los riscos solitarios en fortalezas, las laderas inaccesibles en caminos, merced al hierro de mis arados y al acero de mi espada. Mis carros han ido por donde no iban en otro tiempo ni las bestias feroces. En medio de tantas empresas, no he descuidado los amores y hasta he tenido tiempo suficiente para consagrarme á los placeres.»

Esta mujer, que un sacrilegio había engendrado, un templo recibido el día de su nacimiento, las palomas criado en las montañas inaccesibles, los pas-

tores descubierto al mundo, un severo intendente regio educado, un sátrapa de Siria desposado, el sitio de una ciudad puesto entre los héroes, el amor de Nino alzado á diosa, las correrías desde los etíopes hasta los escitas y desde los nubios hasta los indios colocado entre los conquistadores, la construcción de Babilonia héchola eterna en la historia, sus magias y sus sortilegios convertídola en una especie de bruja ó hechicera, debía educar un príncipe su heredero y sucesor como Ninias, para que perpetuase aquella su autoridad en el trono, hasta convertirse, por último, en paloma, como las que nutrieran su niñez, y, abriendo las alas, ascender á las alturas, trocada por un verdadero milagro en estrella y en estrella luminosísima de los cielos de Asiria, donde cada uno de sus astrólogos le añadía una virtud y cada uno de sus poetas le mandaba una leyenda. En ninguno de los personajes históricos ó legendarios hanse, cual en ella, unido el odio y el amor. Tras largas meditaciones, tras porfiados combates, entre verdaderos estudios referentes unos á las artes militares y otros á las artes plásticas, ya intendente, ya gobernadora, ya generala, ya emperatriz, ya constructora, ya mercadera, sobria y sensual, tan fácil á los placeres ligeros como á las altas empresas, maga, hechicera, bruja, endriago, sortilégica, es á la postre símbolo brillante de toda la civi-

lización asiria, como uno de aquellos colosos que tienen perdidos sus piés en las arenas del desierto y su cabeza en las estrellas del cielo. Y lo cierto es que, no solamente vuela el nombre de Semíramis por las orillas del Tigris y del Éufrates, sino que brilla también sobre las montañas de Asiria.

¿Qué es realmente tal mujer? Pues una personificación y nada más que una personificación de Babilonia. Esta personificación debía resultar múltiple para corresponder á la multiplicidad también de facultades y á las varias manifestaciones de vida que guarda y encierra una ciudad. Podrá todo ser en ella legendario, falsa la cronología que se le asigna, falsos los accidentes de su historia que se refieren, obra de la poesía y de la leyenda; pero no puede negarse, no, que jamás tales nombres en la memoria humana se agrandan y á la corriente del tiempo se mezclan, y en el cielo de la inmortalidad penetran, y el brillo de los astros toman en apoteosis interminable, sin que tengan para todo esto una base histórica sobre la cual se levanten tales gratuitas atribuciones del nacimiento de Babilonia bajo su advocación y del número de victorias alcanzadas en otro tiempo y reunidas por el consentimiento universal en su preclaro nombre. Semíramis resulta una diosa del Olimpo asirio transportada por las leyendas históricas al seno de la realidad

viviente. La diosa Istar es hija de la diosa Derceto como Semíramis; ha nacido, como Semíramis, en Ascalón; se ha criado al pico de las palomas, y puede confundirse con la divinidad grabada en las monedas asirias que aun se conservan en los museos nuestros, la cual divinidad está de pie junto á una quilla, coronada la cabeza de torres, la vibrante lanza en su diestra, las palomas á sus piés y en guisa de antigua esfinge terminada en cola de pescado. Estas divinidades ictioformes, como estas palomas sacras, han obtenido que se las recogiera de la tradición y se las colocara en la realidad; porque si es difícil separar del saber astronómico las viejas astrologías como las alquimias de la química, imposible separar la leyenda de la historia.

Estaba de Dios que debía continuar el carácter mítico y legendario de Semíramis hasta nuestros mismos tiempos. Derceto, su madre, significa, tanto en lengua sanscrita como en asiria, todo aquello que hiere los sentidos y llama la natural atención por su forma externa. Semíramis, en los dos idiomas, en sanscrito y asirio, tiene dos acepciones, las mismas que vemos en sus historias y en sus símbolos, acepción del amor que crea y acepción del combate que destruye ó aniquila. Su nombre, pues, resulta un verdadero nombre simbólico de aquella su vida exaltada que se bifurca entre los afectos

de amor en su palacio y los afectos de guerra y de odio en sus militares y políticas empresas. Semíramis, pues, aparece á los ojos de la historia como un jeroglífico de los entallados en las pirámides y en los conos asirios, como un coloso granítico de los hundidos en las áureas arenas del desierto. Personaje histórico, en torno suyo hase cristalizado una leyenda. Y esta leyenda la reviste de todas cuantas cualidades parecen á la fantasía universal necesarias para representar la mujer, que así domina sobre los corazones como domina sobre los imperios. La tradición universal, reproducida en la pintura, en la estatuaria, en el teatro, quiere que Semíramis haya sido tan poderosa para detener á sus contrarios con el prestigio de su hermosura como con el filo de su espada. Así el escultor antiguo, de tiempo inmemorial, de nombre ignorado, nos la presenta sometiendo una insurrección, sin más armas que sus ojos y sin más autoridad que su belleza. Esta creencia de que Semíramis había sojuzgado á innumerables rebeldes sólo con sus gracias, ha trascendido á las artes y á las letras de nuestro tiempo.

Calderón, el mayor de nuestros poetas dramáticos, al presentarla en escena, pone de bulto estas condiciones capitales de su genio, que parecen á primera vista contradictorias. Así nos la ofrece, pei-

nándose ante su espejo, con la gracia y la ligereza propias de una joven beldad que se huelga y se recrea en la contemplación de sí misma, como si toda la vida no hubiera hecho ninguna otra cosa más que adornarse de femeniles joyas y divertirse con placenteros esparcimientos. Pero así como la suave y licenciosa gata se trueca en tigre cuando la molestan ó la hieren, Semíramis aparta sus esclavas, tira sus ornamentos, quiebra sus lunas, en cuanto un gobernador insumiso y un cortesano audaz la ofenden, y saca debajo de sus gasas y preseas las uñas de leona. En la pintura moderna Mengs ha trazado también con algún vigor esta dramática escena de Semíramis, no obstante sus condiciones de pintor frío y académico. La diosa está circuida de damas que le presentan todos los arreos femeniles; pero las desprecia y las desoye sin parar mientes en sus ofrendas, suspensa del inquieto labio de un guerrero, que le trae belicosas nuevas y despierta en ella su natural militar, muy superior á todo cuanto haya podido darle de la propia y privativa complexión el sexo suyo, la débil naturaleza de mujer. Mas no paran aquí las diversas transformaciones que ha revestido el carácter y el genio de Semíramis en las letras modernas, después de haber tan poderosamente influido sobre las letras antiguas.

Crebillón escribió una tragedia sobre Semíramis, mas falta por completo de sentido y de lógica; para cerciorarse de lo cual no hay sino saber que nos presenta un hermano fantástico en conspiración perpetua contra su hermana, y á ésta enamorada perdidamente de su hijo Ninias, sin que ni las historias ni las fábulas puedan cohonestar tales invenciones. Voltaire, ofendido gravemente de que Crebillón obtuviera sin sus méritos premios á él regateados siempre por la corte aquella, escribe una tragedia sobre Semíramis, en que la pinta matando á su esposo Nino y persiguiendo á su hijo Ninias. Indudablemente no hay drama en la moderna literatura bordado sobre las tradiciones de Semíramis como el drama de Calderón, *La Hija del aire*. Yo conozco muy bien que adolece la pieza de falta en el colorido local y en la propiedad histórica; que los personajes hablan como los argumentadores del siglo décimoséptimo y á veces como sus culteranos; que la hipérbole á cada paso estalla y el mal gusto degenera muchas veces en triste churriguerismo literario; que huele al Manzanares el Éufrates, y á los jardines del Retiro los pensiles de Babilonia; que nuestra teología y nuestra política toman carne, y sangre, y hueso en tipos de apartadas edades poco propios para personificar el alambicamiento de la excesiva cultura española en aque-

lla edad, todavía marcada con el sello de nuestras antiguas grandezas; pero hay tal fuerza creadora en el poeta, intuiciones tan milagrosas, inspiración tan divina, mezcla por tal modo extraña entre las cualidades propias del épico y las cualidades propias del dramático y hasta del cómico, estudio y conocimiento tan profundos del humano espíritu, que jamás habráse podido representar tan de relieve como allí se representa la suma en Semíramis ó la síntesis, diríamos mejor, de las aptitudes y propensiones de una hembra con las aptitudes y propensiones de un conquistador.

Pocas veces la musa trágica tan alto se ha levantado cual se levanta en este drama, cuando Semíramis tolera que Nino saque los ojos á su protector Menón, que le había dado á ella la vida y sólo pedía en cambio su amor. El efecto trágico lega en estas escenas á sus mayores y más intensos escalofríos, cuando Semíramis trueca el amor mutuo con Menón, en el cual se hallaba la felicidad serena y doméstica, por el trono de Nino, donde sólo podía encontrar satisfacciones para su ambición y su codicia. El momento de salir la corte, y al ascender Semíramis y Nino á su trono, colocado en deleitoso jardín, presentarse Menón ciego porque la debilidad increíble de su amada y los celos de Nino le han arrancado los ojos, es un momento de tal

corte dramático y de tanta trágica fuerza, que no se olvida jamás. ¡Cuánta diferencia de los artificiosos amores y de las compasadas escenas en que Crebillón y Voltaire han trazado sus Semíramis, á los sublimes trazos calderonianos representando en la primera y segunda parte de tal drama la incontrastable ambición en toda su intensidad y en todo su terrible desapoderamiento! He ahí lo que Semíramis era ante todo, sobre todo, lo mismo en el tocador de sus afeites que bajo la tienda de sus campañas; lo mismo ante los altares de los dioses que sobre los tronos de los reyes; lo mismo en su cuna de palmas que allá en su brecha de Bactrias; lo mismo cuando acepta el homenaje servil de los cortesanos que cuando dirige y regula el valor de los ejércitos; la mayor ambición quizá que pueda registrar la historia en sus anales hasta la consumación de los tiempos.

